

Migración entre Haití y la República Dominicana

El límite entre Haití y la República Dominicana, es, desde los puntos de vista étnico y cultural, uno de los más claros que existen. El tercio occidental de la isla está ocupado por Haití, antigua Saint-Dominique. República de raza negra, muy poblada y ocupada en su mayor parte por un campesinado pequeño de gran pobreza. Los dos tercios orientales están ocupados por la República Dominicana, antigua la Española, con una economía mucho más diversificada y próspera.

La población dominicana sufrió un período de africanización étnica durante la ocupación haitiana, entre 1822 y 1844. Esta circunstancia fue paliada más tarde con la emigración europea, puertorriqueña y cubana. Actualmente, el fenómeno étnico se encuentra íntimamente ligado al freno a la inmigración haitiana, ya que, por encima de todo, los dominicanos tratan de preservar su raza y terminar con lo que muchos llaman «la invasión política del haitiano».

El sector agrícola constituye la principal fuente de riqueza de la República Dominicana. Se trata de la clásica agricultura de grandes plantaciones del Caribe. Sus cultivos son fundamentalmente de subsistema, entre los que destacan el café, el cacao, el tabaco, la batata, el arroz y el guineo (plátano); pero es, sin duda, el cultivo de la caña el más representativo, tanto desde el punto de vista agrícola como social, y a él vamos a dedicar nuestro estudio, por las muchas connotaciones sociales que tiene consigo.

El cultivo de la caña fue desarrollado, en un principio, por los refugiados cubanos llegados a Santo Domingo durante la guerra de la I.^a Independencia (1868-1878), aunque existe también la idea de que procede de Canarias. Posteriormente fue desarrollado y potenciado por las inversiones norteamericanas. Actualmente, podemos decir que tanto su introducción como su presencia en la República Dominicana son el resultado del colonialismo

español, por un lado, y del imperialismo norteamericano, por otro. En un principio, la mano de obra empleada en la caña de azúcar se recogía entre la población dominicana: vagabundos de los puertos sureños y cortadores de caoba que se quedaron sin empleo tras la merma de los bosques. También los pequeños agricultores se desplazaban a las plantaciones de caña que se extendían por todo el país. Sin embargo, pronto empezó a demandarse más mano de obra. En primer lugar, como consecuencia del cambio revolucionario que sufrieron las plantaciones de caña con la incorporación del capital y la tecnología norteamericanos; y, en segundo lugar, debido al incremento de las exportaciones azucareras. A ello hay que añadir la propia naturaleza del cultivo, que ya de por sí demanda mano de obra abundante, sobre todo durante el período de la «zafra», momento en que la caña es segada por cuadrillas de trabajadores. ¿Cómo y de dónde se obtiene esta mano de obra? Comienza a preverse, alrededor de 1883, la necesidad de introducir trabajadores extranjeros ante la acuciante necesidad de mano de obra y la insuficiencia nativa para llevar adelante las plantaciones existentes. Al mismo tiempo, se toman medidas rurales que obligan a la gente a emplearse. Comienzan así a reclutarse cuadrillas para el campo, y a descubrirse la apatía del campesino dominicano cuando se trata de trabajar en la caña, lo cual está íntimamente relacionado con la importación de mano de obra haitiana, que además de cortar caña, lo hace a cualquier precio; pero de ello trataremos más tarde.

Ante esta escasez de mano de obra, parece que el gobierno intentó asegurar mano de obra dominicana. Así, en 1913, se celebró en San Pedro de Macoris una reunión en la que se habló de una utilización más amplia de trabajadores dominicanos en las plantaciones de caña de azúcar. Con ello se pretendía que los sueldos pagados por la industria azucarera beneficiaran a los dominicanos y no a los extranjeros, que se llevaban dichos sueldos fuera del país. Para ello se toman medidas que proponen uno o dos pesos por día, según la capacidad física del trabajador, más el pasaje gratis desde cualquier punto de la República Dominicana. Incluso se promulgó una ley que obligaba a los patronos a emplear al menos un 70% de dominicanos en su personal, aunque se seguía concediendo a las grandes compañías permisos para la importación de braceros. Estas medidas dieron cierto resultado, pero la mano de obra seguía siendo insuficiente. Se trató incluso de elevar los sueldos, pero esta opción fue rechazada por los colonos. A partir de entonces, y aplicando la racionalidad empresarial, como suele ocurrir en la agricultura, comienza a sobreponerse el objetivo económico por encima del social, con el fin de maximizar las ganancias: si los dominicanos no quieren trabajar, se aceptan trabajadores de cualquier fuente. Aquí

esta la esencia del problema dominicano y del trasvase de mano de obra haitiana a la República Dominicana.

¿Cuál fue la reacción ante esta situación? Por supuesto, la élite dominicana no tardó en mostrar sus reservas, y todavía hoy persiste en ello. Se aducen motivos raciales, culturales y nacionalistas a la importación de mano de obra extranjera, constituida por haitianos y negros de las Indias Británicas fundamentalmente. En realidad, lo que se teme es una pérdida de la hegemonía mulata de la República Dominicana, para lo cual los trabajadores importados, que eran cada día más numerosos, constituían una amenaza. La élite mulata dominaba la sociedad dominicana y sus instituciones, y no quería perder su poder. Sin embargo, no puede evitarse la entrada masiva de braceros, ya procedentes no sólo de Haití, sino de numerosas islas del Caribe. Las prohibiciones del gobierno, siempre aliado a la élite mulata y cuyos intentos se centraban en preservar la estructura de clases existentes, fueron ignoradas por los colonos.

En 1879, se tiene constancia de una entrada masiva de trabajadores procedentes de las Antillas, parece que por primera vez, con destino a las fábricas de azúcar. Existe incluso un decreto en el que se hacen concesiones a todos los emigrantes que entran en el país bajo contratos rurales. Comienzan así a poblarse de inmigrantes las granjas de zonas como Samaria-Samaní y Puerto Plata. En 1916 entraron en la República Dominicana más de 4.000 indios occidentales británicos (cocolos); la gran mayoría para emplearse en la agricultura, especialmente en la caña. Según datos del Instituto de Estadística de Santo Domingo, por estas fechas, llegan cada año más de 2.000 indios para la zafra azucarera, que tiene lugar entre septiembre y junio. Se trata de trabajadores temporeros, más conocidos como braceros, que trabajan como cortadores de caña y son pagados a destajo. Los propietarios de los ingenios azucareros, mediante maniobras político-económicas, comienzan a obtener de los gobiernos la promulgación de leyes y decretos que autorizan y promueven la entrada de temporeros procedentes de Haití y las Antillas. Al mismo tiempo, la República Dominicana sufría un importante despoblamiento, interesante para nosotros: los trabajadores nacionales emigraban a Panamá para trabajar en el guineo, y a las haciendas azucareras de Cuba, que además de la República Dominicana, constituían un horizonte importante para los trabajadores del Caribe, hasta aproximadamente 1920.

Los habitantes de las Islas Vírgenes constituyen también una fuente de mano de obra significativa para la República Dominicana. En 1905, más de 500 hombres, procedentes de pequeñas islas vírgenes como Anquilla o San Kitts, trabajaron en la caña dominicana durante el período de la zafra, para luego regresar a sus puntos de origen, los cuales se habían quedado

casi despoblados. En la isla de San Kitts, por ejemplo, la población descendió drásticamente entre 1900 y 1910 a causa de la fuerte emigración hacia la zona del Canal, la República Dominicana y Puerto Rico. El motivo es fácil de imaginar: la falta de oportunidades en dichas islas, lo cual viene a corroborar el modelo neoclásico sobre la migración, que entiende que los individuos son seres racionales que se cambian de áreas de pocas oportunidades económicas a zonas donde existen mayores oportunidades. Se tiene constancia, además, de una petición enviada al Rey por los habitantes de estas islas en 1905, en la que se explicaba que «la razón por la que hemos abandonado nuestra tierra nativa y estamos en la República Dominicana, es debido a que las Islas Británicas fracasaron en proporcionarnos empleo y, a pesar de ello, nos gravaban con impuestos desorbitantes... vinimos a este país ya que es adyacente y el pasaje es barato». Anteriormente, en 1899, el Sr. Arneage, del Instituto Real de Gran Bretaña, declaraba que «los súbditos negros y de color de Su Majestad en las Indias Occidentales tienen que escoger entre la muerte por hambre en sus islas nativas, y el sufrimiento y el mal trato en Santo Domingo, donde muchos han buscado empleo».

¿Cuáles han sido y cuáles son actualmente las condiciones materiales de existencia del bracero extranjero (hoy haitiano), en la República Dominicana? Con respecto a los campesinos procedentes de las islas vírgenes, la mayoría de ellos salían sin saber en qué hacienda iban a trabajar. Sus contratos eran firmados en St. Thomas y en determinados casos, consignaban al trabajador a su hacienda en particular. A veces, los contratos ni siquiera eran escritos, por lo que al trabajador, una vez en la hacienda de destino, no le era posible reclamar nada. Básicamente, el contenido de estos contratos era el trabajo temporero y en ellos se especificaba la forma de pago. Así, a los cortadores de caña se les pagaba por tonelada. Por ejemplo, un trabajador medio podía ganar \$ 1,25 diario, y un máximo de \$ 2, lo cual era un sueldo mucho más alto del que podía ofrecer cualquier isla de la zona de las Vírgenes.

En cuanto a las condiciones de vida, las haciendas normalmente proporcionaban alojamiento. La asistencia médica que garantizaban era muy pobre y, en ningún caso, compensaban por posibles daños sufridos durante el tiempo de duración del contrato. Buenas o malas, tanto los cocolos como los haitianos, no tenían otra opción más que aceptar las condiciones de trabajo citadas. Los dominicanos, por su parte, todavía tenían opción a trabajar en sectores distintos al azucarero.

El gobierno es cada día más consciente de la necesidad de contratar mano de obra extranjera. Ya no hay duda de que restringir la entrada a estos trabajadores podría suponer el paro de la industria azucarera, ya que las plantaciones eran trabajadas casi exclusivamente por braceros de fuera.

Aún así, como consecuencia de las presiones ejercidas por la élite social, el gobierno toleró determinadas prácticas destinadas a restringir la movilidad de la mano de obra extranjera. Así, por ejemplo, se promulgó una ley que establecía la necesidad de un permiso para inmigrar a la República Dominicana. Incluso se sugirió gravar con un impuesto a los trabajadores procedentes de las islas Vírgenes, antes de entrar en la República Dominicana. Estas medidas chocaban con los intereses de los colonos, que veían en peligro la posibilidad de obtener mano de obra barata. De nuevo los intereses económicos prevalecen y el gobierno tiene que ceder, sometido a la presión de la industria azucarera. Al mismo tiempo, el trabajador dominicano comienza a tomar conciencia, aunque sólo por un momento, de que está renunciando voluntariamente al trabajo. Como consecuencia de ello, se muestra hostil hacia el trabajador inmigrante, que se aparece como el agente que reduce su sueldo. Es un período de grandes disturbios en el que llegan a quemarse cosechas y producirse enfrentamientos entre trabajadores. El bracero extranjero, por su parte, toma conciencia de su necesidad y comienza a demandar sueldos más altos, ante el incremento del odio de la población autóctona.

En 1920, el periódico dominicano *El Tiempo* hace referencia a la «inmigración de langostas negras» y la «lluvia de cocos». Esta situación, que trataba de explicarse como un problema racial por la clase alta dominicana, era mucho más que eso, pues expresaba una situación económica y social concreta. Se utilizó a la clase trabajadora dominicana manipulándola contra los trabajadores importados cuando, en realidad, lo que se pretendía era perpetuar el poder de la élite mulata y preservar el orden social existente. En 1912, ante las protestas de la población, se promulgó una ley que limitaba la inmigración de gente de color, pero la realidad es que esta inmigración aumentó, haciéndose clandestina. Esta hostilidad se ha visto vertida actualmente hacia el haitiano, que es el bracero extranjero por excelencia. A ello hay que unir la conciencia antihaitiana ya existente como consecuencia de la dominación haitiana que sufrió la República Dominicana. Esta situación es, hoy en día, insostenible; late el sentimiento antihaitiano, tratando de afirmar, por otro lado, la tradición mulata. La creencia es que «el pueblo dominicano no debe quedarse de brazos cruzados viendo cómo la población haitiana se desparrama sobre la República Dominicana» (*Listín Diario*, junio 1924). Hay que señalar, además, la diferencia de religión: las prácticas religiosas no católicas de los haitianos las hacen todavía más deplorables a los ojos de los dominicanos.

El problema social que estudiamos es importante, y creo que merece la pena recoger el punto de vista de algunos estudiosos que afirman que este temor a la africanización, por parte de la élite dominicana, escondía el he-